

profundos para extraer el agua por medio de *norias*, de donde ha tomado el camino que abraza las jornadas hasta Monclova el nombre de *Las Norias de Bajan*.

La *traicion* ha eternizado ese nombre, que se recoge en el episodio sangriento de Chihuahua y sobre el cadalso de los primeros caudillos de nuestra independencia.

Decíamos que tres viajeros habian llegado á Santa María.

—Aguarden aquí, muchachos, dijo el que parecia el amo, mientras entro en esa choza cercana.

Los mozos obedecieron y el amo se acercó al *jacal*.

—El es! dijo un hombre alto y enjuto que tenia cubierta la cabeza con un pañuelo, cuyas puntas le caian á los lados de la cara.

—Señor don Pedro, ya estaríais con cuidado.

—No lo niego, han comenzado á cegar las norias y ya los caballos se mueren de sed.

—La operacion ha comenzado temprano.

—Ya sabeis que esto constituye el punto principal, la base de----

—Sí, ya comprendo, en cinco ó seis dias de camino, los soldados y los animales no habrán podido resistir á la sed, y si llegan á Monclova, será diezmados y en la derrota peor que puede darse, la fatiga.

—Perfectamente! supongo que *Elizondo* cumplirá su palabra.

—Ya en estos momentos debe haberse hecho de la plaza de Monclova y salido á Bajan, que es el punto destinado.----

—Temo que ese traidor nos traicione á su vez.----

—No hay que temer por ahora; ese miserable espera tomar un buen botin, sabe que Hidalgo trae cerca de un millon en pesos y barras!

—Buen bocado!

—Dadme noticias, padre Pontolongon.

—Oidlas, que son importantes. Luego que salísteis continuó la junta; Hidalgo, Allende y el licenciado Aldama, partirán

## CAPITULO XI.

### EXPEDICIONES.

#### I.

Tres viajeros habian llegado á Santa María, que es la primera jornada del Saltillo á Monclova.

Diremos que el largo trayecto que média entre estos dos puntos está formado por llanuras desiertas refrescadas solamente por las lluvias, pero exhaustas de manantiales y de toda vegetacion que parece agruparse en derredor de las aguas.

Algunos árboles suelen encontrarse en aquellas soledades, como fantasmas que vagan en el silencio del desierto.

Los bárbaros en sus excursiones de pillaje suelen atravesar esos campos abandonados por Dios y por los hombres, y las fieras tienen su pleno dominio en los desiertos.

Los parajes donde el viajero toma descanso, son unos verdaderos aduares, pueblecillos expuestos á la intemperie y que viven sin explicarse el *por qué* de su existencia.

En siete puntos del trayecto se han practicado unos pozos



para los Estados-Unidos á buscar apoyo y á la compra de armamento: el último está nombrado embajador.

—Y el ejército?

—Queda á las órdenes de Rayon; porque los generales creen que con el dinero que llevan es suficiente para toda su combinación.

—Demonio! eso nos contraría; porque pensábamos darles el golpe á todos reunidos.

—No puede ser, Rayon se queda con el ejército, y una escolta de mil y tantos hombres es lo que viene con Hidalgo, Jimenez, Allende y Abasolo, sin contar con su acompañamiento numeroso. Hidalgo es capaz de popularizar su causa en el país vecino y darnos mucha guerra todavía.

—Es un hombre de gran talento y todo lo espera de su genio.

—No obstante, creo que el ejército pierde mucho con la separación de los caudillos.

—Es que Rayon no es ménos intrépido.

—Si logramos la aprehensión de los generales, la revolución languidece si no es que muere.

—El golpe es decisivo.

—Nos pondremos ahora mismo en camino, atravesaremos esta distancia que parece prolongarse demasiado y prevendremos á Elizondo de lo que pasa.

—Quiero dormir algunas horas.

—Como gustéis, padre Pontolongon.

El antiguo maestro de aposentos se tiró en una estera y á los pocos momentos comenzó á roncar como un desesperado.

## II.

Los mozos que permanecían fuera de la choza tenían á la vez su conversacion muy empeñada.

—Anoche, decia uno de ellos, la bruja volvió á aparecer.

—Demonio!

—Yo creia que se trataba del canje y que ya me traia al inquisidor.

—En qué nuevo embolismo te ha metido?

—Acercóse misteriosamente y me dijo: esta noche sale el padre Pontolongon para Monclova, pretestando que va de apsentador; síguelo y tendrás en tu poder á Núñez de Clavijero.

—Y no te exigió la entrega de don Félix?

—No, lo he dejado en poder de Saca-vueltas, que espera mi aviso para devolvérselo á la bruja.

—A mi vez quiero hacerte una revelacion.

—Habla, Pípilo.

—En la hacienda del Pabellon me encontré á tu bruja, iba con el general Allende, ambos entraron á una casuca, yo me puse á escuchar por fuera entre los carrizos de la cabaña, y oí una terrible revelacion.

—Puedes decirme algo?

—Sí, escucha: la bruja le avisó al general, que *Elizondo* le traicionaba y estaba dispuesto á entregarle en manos de los realistas.

—Y cómo emprende entónces la marcha? cuerno del diablo!

—Fia en que la escolta es superior á las fuerzas de Elizondo, y piensa colgar á ese traidor.

—Sí que ahorcaremos á ese canalla.

—Mira, Marroquin, que esta marcha va á ser terrible, nota que ya han cegado la primera *noria* y así encontraremos las demas, y que ya debilitados por una contrariedad tan espantosa como la falta de agua, no habrá fuerzas para la resistencia. Temo mucho un desastre, sabes que estamos de desgracia y...

—Siempre tú con presentimientos.

—Que siempre se realizan.

—Será necesario avisar al señor Hidalgo lo que pasa.

—Pues quédate aquí, que yo retrocedo.



—Está bien.

—Antes es necesario hacernos una promesa.

—Habla.

—Un grande infortunio, dijo el Pípilo, amenaza á nuestros queridos generales: si ese Elizondo los traiciona, es necesario matarle.

—Sí, matarle como al inquisidor. Mira, Pípilo, ya me conoces, soy tenaz hasta morir; en estos momentos no sé donde voy, la bruja me ha puesto sobre la huella de Clavijero y marchó sabiendo que al fin lo he de encontrar. Cuando me dijiste: vamos de escolta, conviene que te disfraces, que no sepan quien eres, tu voz me pareció providencial y partí contigo escoltando á este clérigo, de quien desconfío como de Elizondo.

—Síguelo, Marroquin, y mátaló á la primera que lo agarres, mira que es un solemne bribón.

—En el *Espinazo del Diablo* lo estrangulo, ya tenemos bastantes datos para creer que nos vende; lo respeto porque sé que es mi guía para encontrar al inquisidor.

—No olvides tu promesa, Marroquin.

—Yo se la recordaré, dijo una voz con la entonación destemplada de quien ha perdido el juicio.

—Nos escuchabas, miserable!

—Sí que os escuchaba; pero Antonio Pedraja es vuestro amigo y nada teneis que temer; cuanto habeis hablado ya me lo sabia.

Y el loco soltó una de sus carcajadas de costumbre.

—Mira, Pedraja, que tú no estás loco.

—Ya se ve que no lo estoy.

—Puedes ayudarnos?

—Nunca os he abandonado.

En aquellos momento atravesaba un coche en que iba Rosalía, Treviño y su nieto: aquella infeliz familia caminaba en pos de D. Félix, á quien tenían en rehenes los toreros.

Rosalía no habia logrado ver á su esposo; la gitana no cesaba

de decirla que pronto estaria en sus brazos, y empujaba á Marroquin sobre la huella de Núñez de Clavijero.

Aquellos hombres estaban á corta distancia, y se encontrarían al fin.

Treviño caminaba rumbo al Saltillo, formando parte de la caravana de Hidalgo.

El portugues tuvo una entrevista con el general, quien habia dado orden á Marroquin de poner en libertad á D. Félix; pero este no obedeció y guardaba al capitán como á una muchacha; era lo único que le garantizaba su venganza.

Saca-Vueltas era un Argos, no dejaba movimiento al prisionero, y estaba dispuesto á matarlo cuando se ofreciera.

El capitán estaba desesperado hasta el último extremo y no sabia la suerte que se le reservaba: los toreros le traian en sus caminatas arrojando las penalidades y peligros, y temiendo á cada instante ser víctima, ya de los realistas, ya de las desconfianzas de sus guardadores.

Aquella situación estaba próxima á terminar.

Deciamos que atravesaba el coche de Treviño: Antonio Pedraja se fijó en Rosalía; detuvo su mirada en el rostro de aquella mujer cuya pasión lo habia enloquecido, la reconoció perfectamente, sus ojos rodaron centellantes por sus órbitas, sus brazos se retorcieron, y lanzó al fin un espantoso grito.

Rosalía se volvió al escuchar el grito, fijóse á su vez en su desgraciado amante, y apenas pudo reconocerlo entre la selva de cabellos que cubrian su frente y la sombra espesa que en desorden ocultaba casi todo su rostro.

Estremeciése aquella mujer; vió el estrago que su ingratitud habia producido en aquel ser tan infeliz, y el remordimiento punzó su corazón.

—Rosalía! Rosalía! gritaba el loco con voz estentórea, te encuentro al fin---- mira mi frente, mira mi semblante, todo se ha agostado con los dolores.... mi cerebro ha enloquecido---



estoy dementel!---- ven---- ven---- ten compasion de este pobre loco!----

El coche siguió en su marcha rápidamente.

Rosalía ocultó el rostro entre las manos y lloró con la amarga tristeza del que ha causado una gran desgracia á su semejante.

Pedraja no pudo moverse, sus piernas vacilaron, y cayó al fin sobre las piedras del camino.

—Loco de remate! dijo Marroquin.

—De remate! respondió el Pípilo.

—Márchate, que el tiempo corre.

—Adios, hermano, pronto nos volveremos á ver.

—Cuidado con que se te escapen esos bribones.

—Adios!

El Pípilo saltó sobre su caballo, y volviéndose por el camino del Saltillo, se dirigió al encuentro de Hidalgo, para avisarle que las *norias* estaban cegadas y que Elizondo estaba á punto de cometer una traicion.

## CAPITULO XII.

### EL ESPINAZO DEL DIABLO.

#### I.

El padre Pontolongon no se habia engañado; los principales caudillos de la revolucion habian determinado pasar á los Estados- Unidos para hacerse de armamento y procurar el reconocimiento de la independenciam.

El Lic. Aldama habia llegado á San Antonio Béjar para aproximarse al suelo americano; ahí la traicion impía le tomó en sus redes, y al estallar la contrarevolucion fué preso y pronto moriria como Letona, el primer embajador.

Rayon habia quedado al frente del ejército independiente, mientras los caudillos, acompañados de una escolta de mil quinientos hombres con alguna artillería, y seguidos de una gran caravana de emigrantes y un gran tren de bagajes, caminaban por ese desierto que se extiende del Saltillo á Monclova, donde están las siete norias llamadas de Bajan.

Los revolucionarios de Béjar se pusieron de acuerdo con Eli-